

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

Ponente: Rev. Cornelis Harinck

LECCIÓN 2: ARTÍCULO 1 – DIOS EL PADRE Y LA CREACIÓN



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Cornelis Harinck es pastor emérito de las *Gereformeerde Gemeenten* (Congregaciones Reformadas) en los Países Bajos.

www.gergeminfo.nl

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

13 LECCIONES

por el Rev. Cornelis Harinck

1. Introducción
- 2. Artículo 1 — Dios el Padre y la creación**
3. Artículo 2 — El Señor Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios
4. Artículo 3 — La concepción y el nacimiento virginal del Salvador
5. Artículo 4 — El sufrimiento de Cristo
6. Artículo 5 — La resurrección de Cristo
7. Artículo 6 — La exaltación de Cristo
8. Artículo 7 — Cristo como el Juez de los vivos y de los muertos
9. Artículo 8 — Dios el Espíritu Santo
10. Artículo 9 — La iglesia universal de Cristo
11. Artículo 10 — El perdón de los pecados
12. Artículo 11 — La resurrección del cuerpo
13. Artículo 12 — La vida eterna

2 LECCIÓN

ARTÍCULO 1: DIOS EL PADRE Y LA CREACIÓN

El Credo de los Apóstoles ha unido a cristianos de diferentes épocas, lugares y tradiciones. Proclama verdades eternas para la vida de hoy. Escrito aproximadamente 300 años después del nacimiento de Cristo, el Credo de los Apóstoles resume las creencias cristianas fundamentales. Ha sido utilizado como una declaración de fe y en la adoración por muchas denominaciones. El hecho de que tantos en la iglesia primitiva murieran por su fe significa que estaban involucrados en algo más grande que ellos mismos. ¿Cuáles eran esas verdades? ¿Cómo usaron los pastores y teólogos de la iglesia primitiva el Credo de los Apóstoles como guía esencial para los principios básicos de la vida cristiana? El reverendo Cornelis Harinck presenta ese credo. Nos muestra las verdades incrustadas en el Credo de los Apóstoles que solemos dar por sentadas, cuando en realidad deberían ganarse nuestra lealtad hasta la muerte.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 2:

Estimado oyente, el primer artículo del Credo de los Apóstoles confiesa: «Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra». El Credo de los Apóstoles comienza con: «Creo». No empieza con: «Entiendo, y por lo tanto creo». El cristiano dice: «Creo, y por lo tanto entiendo». Creer viene primero, y después sigue entender.

David dice: «Creí; por tanto hablé» (Salmo 116:10). ¡Qué contrario es eso a nuestra cultura moderna! El hombre moderno solo cree lo que puede probar, y por lo tanto entiende tan poco. Sin embargo, la fe sí entiende lo que la razón no entiende, porque cree la Palabra de Dios. Por eso, David dice: «Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos, porque siempre están conmigo. Más que todos mis enseñadores he entendido, porque tus testimonios son mi meditación» (Salmo 119). La fe entiende aquello de lo que los científicos todavía discuten, a saber, cómo llegó a existir el mundo. Como leemos en Hebreos 11:3: «Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la Palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía».

El Credo de los Apóstoles no razona y no se ocupa de opiniones o nociones. Dice: «¡Credo!» —«¡Yo creo!». Lo que el cristiano cree sobre la base de la Biblia es el punto central. El Credo de los Apóstoles declara: «Creo en Dios». El cristiano cree en la existencia de Dios, un solo Dios, el Creador del cielo y de la tierra. El Credo no dice: «Puedo probar que hay un Dios», o «Puedo comprender a Dios», sino: «Creo en Dios». ¿Cómo puede el cristiano estar tan seguro acerca de

Dios y su existencia? No porque pueda probar a Dios, sino porque Dios se ha revelado en su Palabra y en la creación. Por lo tanto, se añade: «Creador del cielo y de la tierra».

Cuando Pablo estaba en Atenas, rodeado por los filósofos griegos, les predicó a Dios. Comenzó su mensaje con algo impactante. Dijo: «El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas; ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues Él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas» (Hechos 17:24). Pablo desafió toda la teología de ellos. Los griegos y los romanos creían en muchos dioses. Creían en una multitud de deidades. Pero Pablo no habló de dioses, sino de Dios —el único Dios verdadero. Dios, el Creador no creado, que gobierna sobre cada pulgada de lo que Él ha hecho y no necesita ser mantenido con vida por los hombres. Los griegos creían que los dioses eran menesterosos y, en cierto sentido, dependían de los sacrificios de los hombres. Pero Pablo no habló de un Dios que dependiera de los hombres. Por el contrario, habló de un Dios que da a todos la vida, el aliento y todas las cosas. Habló de Dios, el dador y sustentador de la vida, que existe más allá de lo creado. El Dios que es autoexistente, el gran Creador del cielo y de la tierra.

Estando en medio de los filósofos griegos eruditos, no comenzó su mensaje evangelístico hablando del Cristo, sino hablando de Dios, el Creador. El punto de partida de Pablo fue Dios —el Dios verdadero— el Dios Creador del cielo y de la tierra. El apóstol consideró de la más alta importancia que sus oyentes tuvieran un conocimiento correcto de Dios, un Dios muy diferente de lo que estaban acostumbrados a pensar. Lo que sus oyentes creían acerca de Dios afectaría su comprensión de la vida, de sí mismos y de su verdadera necesidad. Necesitamos un conocimiento correcto de Dios. Es la conocida afirmación de Calvino, el gran reformador: «El hombre jamás puede llegar a un conocimiento correcto de sí mismo cuando no ha mirado primero hacia Dios y ve a Dios cara a cara, y luego descende a contemplarse a sí mismo». Solo entonces entenderemos que estamos perdidos y arruinados en la vista de Dios, y cuán necesitados estamos de su misericordia. Por lo tanto, Dios fue el punto de partida de Pablo.

Y por lo tanto, el Credo de los Apóstoles también comienza con Dios: «Creo en Dios». Dios es el punto de partida de la fe. El cristiano cree en Dios, y luego específicamente en Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. Es un Dios con una identidad específica. Los apóstoles concluyen sus epístolas pronunciando una bendición sobre la congregación. Por ejemplo, en 2 Corintios 13:14: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros». Era una bendición del Dios trino. El cristiano no cree en cualquier dios al que las personas llamen dios». El cristiano cree en el Dios trino. Por lo tanto, el Credo de los Apóstoles habla de Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. En consecuencia, nos referimos al Credo de los Apóstoles como un credo trinitario. Esto se arraiga en lo que los candidatos para el bautismo tenían que confesar antes de poder ser bautizados. Tenían que confesar lo que creían respecto de Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. El Dios trino, por lo tanto, constituye la estructura del Credo de los Apóstoles, confesando que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Es la respuesta del creyente a la revelación de Dios de sí mismo en la Biblia. Dios se ha revelado en su Palabra como subsistente en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Jesús dejó esto claro cuando dio el mandato de bautizar «en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (Mateo 28:19).

Esto genera preguntas. ¿Cómo podemos hablar de la existencia de un solo Dios y simultáneamente hablar de las tres personas de la Deidad? ¿No produce esto una fe herética en tres dioses, siendo que hay un solo Dios verdadero? Por lo tanto, el islam rechaza la doctrina cristiana de la Trinidad. Postulan que Alá no tiene compañeros coesenciales con Él. Alá es el único y singular Dios. Sin embargo, los cristianos creen en un Dios trino —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Ellos no creen en tres dioses, sino solo en un Dios, no subsistiendo de tres personas, sino en tres Personas. Es un gran error decir que el cristiano cree en tres dioses. Él cree en un solo Dios subsistente en tres personas. No creemos esto porque lo entendamos, sino más bien porque Dios se ha revelado así en su Palabra.

Viene a la mente Génesis 1:26: «Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza». La palabra hebrea para Dios, que se usa aquí, es Elohím, una palabra plural. Aquí, Dios habla de sí mismo en términos plurales. La Biblia también habla a menudo de personas distintas de la Deidad. En el Salmo 110, un Señor habla a otro Señor, dice: «Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies». Cuando Jesús fue bautizado, se hizo muy obvio que Dios subsiste en tres personas. El Hijo fue bautizado, el Padre habló desde el cielo, y el Espíritu Santo descendió sobre Jesús en forma de paloma.

La Biblia articula claramente dos verdades acerca de Dios. La primera verdad es que hay un solo Dios: «Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es» (Deuteronomio 6:4). Este es el bien conocido *Shemá* de los judíos. La segunda verdad es que las Escrituras enseñan que la Deidad debe distinguirse, subsistiendo en tres personas. 1 Juan 5:7 dice: «Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno». Con base en esta evidencia bíblica, el Credo de los Apóstoles sostiene un Dios trino. El Dios confesado existe en Trinidad. Él es un Dios que existe en tres personas. Cada persona de la Deidad —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo— es plenamente Dios, en comunión eterna el uno con el otro.

Dios es más que un ser supremo. Él es más que una fuente de vida. Él es más que la inteligencia más alta o un gran arquitecto. Él es el Dios vivo y verdadero. Él es Padre, Hijo y Espíritu Santo. No creemos esto porque lo entendamos, sino porque Dios ha revelado en su Palabra que estas tres Personas distintas son el único Dios verdadero y eterno. Aunque esta verdad no contradice nuestra razón, evidentemente trasciende nuestra razón. No podemos comprender a Dios. Debemos decir con David: «Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; alto es, no lo puedo comprender» (Salmo 139).

Los teólogos sanos y bíblicos nos enseñan que dos asuntos son esenciales para entender la divina Trinidad. La primera verdad es que Dios, en su existencia eterna, no ha sido un Dios solitario. Él subsiste en las personas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Ellos hallan en sí mismos su suprema felicidad. Así, Dios no creó al hombre porque estuviera solo, sino por su propósito de comunicarles su gloria. Deseó hacerlos partícipes de su felicidad. En contraste con Alá del islam, quien está encapsulado en su gran soledad, el Dios de la Biblia es trino. La calidez de una relación le es ajena a Alá. El Dios de la Biblia, sin embargo, es un Dios relacional. En su ser interno existe una relación entre tres personas, y también Él tiene una relación con el hombre y con sus ángeles.

La segunda verdad es que la doctrina de la Trinidad está conectada con nuestra redención y salvación. Las epístolas apostólicas hablan continuamente del amor de Dios el Padre, la gracia de nuestro Señor Jesucristo y la comunión del Espíritu Santo. La Trinidad se relaciona con

nuestra salvación. Si Dios no fuera un Dios trino, no podría haber un Dios el Padre que envió a su Hijo al mundo. No podría haber un Dios el Hijo que asumió una naturaleza humana y que hizo expiación por el pecado en el Gólgota, en nombre de su iglesia. No podría haber un Dios el Espíritu Santo que habitara en nosotros, nos santificara y nos hiciera partícipes de los beneficios que Jesús ha ganado. El Dios de la salvación es el Dios trino.

La Trinidad se relaciona con la gran historia de la redención. Es la historia de Dios el Padre, quien designó nuestra salvación; Dios el Hijo, quien logró nuestra salvación; y Dios el Espíritu Santo, quien aplica nuestra salvación. Presenta a un Dios trino obrando para nuestra salvación. Este Dios es el Dios que el Credo de los Apóstoles proclama para nuestra salvación. En este Dios comienza la salvación. La Trinidad es la realidad básica del evangelio cristiano. Honramos, pues, la unidad en la Trinidad y la Trinidad en la unidad.

Lo primero que el Credo de los Apóstoles confiesa acerca de Dios es que Él es Padre. El cristiano cree en Dios el Padre. La paternidad es esencial al ser de Dios. Un Dios impersonal es ajeno a la Biblia. La Biblia no conoce a un Alá que vive en aislamiento. La Biblia habla de un Dios que es Padre y, en primer lugar, el Padre de su Hijo Jesucristo. Pedro declara: «Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo» (1 Pedro 1:3). En la Deidad hay una relación entre un Padre y un Hijo. Por un lado, podemos pensar aquí en la relación que existe entre un padre terrenal y un hijo. Por otro lado, estamos hablando del Eterno. Es una paternidad sin comienzo y una paternidad que continuará para siempre. La relación humana entre un padre y sus hijos es una sombra de la relación entre Dios el Padre y Dios el Hijo. Al mismo tiempo, trasciende la relación humana.

Tampoco debemos pensar esto en términos de tiempo, como si hubiera habido un tiempo en que solo estaba el Padre y aún no el Hijo. Dios el Padre nunca ha estado sin su Hijo, ni su Hijo ha estado jamás sin su Padre. Las Escrituras dicen, acerca del ser eterno del Hijo: «Jehová me poseía en el principio, ya de antiguo, antes de sus obras» (Proverbios 8:22). Juan nos dice que el Hijo de Dios, antes de su encarnación, estaba en el seno del Padre, como escribe en Juan 1:18: «A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer».

Por lo tanto, conocemos a Dios, porque Jesús le ha dado a conocer. Jesús es el espejo más brillante del Padre. Jesús pudo decir: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14:9). Conocemos a Dios el Padre por medio de Jesucristo, su Hijo. El Hijo conoce al Padre completamente. Jesús dijo a los judíos incrédulos: «Pero Yo le conozco, porque de Él procedo, y Él me envió» (Juan 7:29). Jesús podía decir: Yo vengo de Él; Yo estaba en su seno; Yo conozco a Dios, porque Él es mi Padre. Tal es el lenguaje que emplea la Escritura respecto de la relación especial entre Dios el Padre y Dios el Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Es una relación padre-hijo.

Sin embargo, Dios no es solo el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. En Jesucristo, Él es también el Dios y Padre de todos los verdaderos creyentes. Pero los creyentes no son sus hijos naturales —como es verdad de Jesucristo—, sino sus hijos adoptivos. Por amor de Cristo, han sido adoptados como hijos y herederos de Dios. Solo por la gracia de Dios los verdaderos creyentes son hechos partícipes de ese gran privilegio. Por naturaleza, no somos en absoluto hijos de Dios. En el paraíso perdimos el privilegio de ser hijos debido al pecado de Adán y Eva. La Biblia ahora se refiere a nosotros como hijos de ira: «Éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás» (Efesios 2:3).

Tampoco tenemos ya la naturaleza y el corazón de un hijo. Nuestra naturaleza ha sido infectada y corrompida por el pecado. Debemos nacer de nuevo y recibir una naturaleza nueva para llegar a ser hijos del Dios vivo. Necesitamos un corazón nuevo y un espíritu nuevo dentro de nosotros. Necesitamos no solo el nombre de hijo, sino el corazón de un hijo. Por naturaleza, tal como nacemos, no tenemos el corazón de un hijo de Dios. No amamos a Dios y no deseamos obedecerle.

Tampoco tenemos el derecho de llamarnos hijos de Dios. Hemos perdido el privilegio de ser un hijo de Dios a causa del pecado. Hemos sido expulsados del paraíso de Dios y expulsados de su presencia. El pecado se interpone como una montaña entre Dios y los pecadores caídos. Nos hace hijos de ira. Pero en Cristo, los pecadores son restaurados a la bendición de ser llamados hijos de Dios. El apóstol Juan escribe: «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios» (1 Juan 3:1).

La parábola del hijo pródigo nos enseña este amor paternal de Dios hacia un pecador que le ha dado la espalda. El padre no solo concedió perdón a su hijo que regresaba arrepentido, sino que también lo restauró como hijo, con todos los derechos y privilegios que lo acompañan. Lo vistió con la mejor túnica y puso el anillo de hijo en su mano. Fue una manifestación extraordinaria de gracia.

Por la fe en Jesucristo, el creyente es legalmente adoptado como hijo y heredero de Dios, como está escrito en Juan 1:12: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios». Y por la obra renovadora del Espíritu Santo, el pecador vuelve a recibir el corazón de un hijo, de modo que el hombre vuelve a amar y servir a Dios. Podríamos decir: la fe en Jesucristo restaura al pecador el derecho de ser hijo de Dios. La renovación del Espíritu Santo concede al pecador la naturaleza y el corazón de un hijo. ¡Qué gran privilegio! Los pecadores llegan a ser hijos de Dios, mediante ser adoptados por amor de Cristo. Ni nuestro linaje de Abraham ni nuestra membresía en la iglesia cristiana nos harán hijos de Dios, sino solo la obra renovadora del Espíritu Santo y la fe en el Señor Jesucristo crucificado y resucitado. De tales personas escribe el apóstol: «Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús» (Gálatas 3:26).

Así, la paternidad de Dios no solo concierne a su Hijo, Jesucristo, sino que Dios es también el Padre de todos los verdaderos creyentes. Él cuida de ellos con compasión paternal. «Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen» (Salmo 103:13). Hará que todas las cosas les ayuden para bien. El pueblo de Dios puede decir con Asaf: «Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria» (Salmo 73:24). Qué gran consuelo en la vida y en la muerte saber que el gran Dios del cielo y de la tierra nos llama sus hijos y herederos, y nos capacita para clamar: «Abba, Padre» (Romanos 8:15).

El Credo de los Apóstoles se refiere a Dios el Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Dios es todopoderoso. El Señor habló a Abraham: «Yo soy el Dios todopoderoso» (Génesis 17:1). Dios no es solo poderoso, sino todopoderoso. Este Dios, que es todopoderoso, es llamado el Creador del cielo y de la tierra. El Credo de los Apóstoles vincula la omnipotencia de Dios con la creación del cielo y de la tierra. La creación del cielo y de la tierra demuestra que Dios es todopoderoso. Dios creó todo lo que existe de la nada. ¡Qué despliegue de poder!

Considera, además, la facilidad con que Dios creó. No usó instrumentos ni herramientas. Le bastó con hablar, y aquello existió: «Porque Él dijo, y fue hecho; Él mandó, y existió» (Salmo 33:9). La Biblia dice de Dios que «extiende los cielos como una cortina» (Salmo 104:2), que

«midió las aguas con el hueco de su mano, y los cielos con su palmo [...] y pesó los montes con balanza» (Isaías 40:12). Todas estas son pruebas ciertas y evidentes del poder infinito de nuestro Dios. ¡La creación es una manifestación sobrecogedora de la omnipotencia de Dios!

La Biblia identifica a Dios como el Creador del cielo y de la tierra. Las palabras iniciales de la Biblia son: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Génesis 1:1). Dios es el origen de todas las cosas. En última instancia, solo hay una respuesta a la pregunta: ¿De dónde vino todo? ¡La respuesta es: Dios! La Biblia dice: «En el principio, Dios». Tanto el cielo como la tierra tienen un principio. Solo hay uno que es sin principio, a saber, Dios. Moisés dijo acerca de Dios: «Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, Tú eres Dios» (Salmo 90:2).

Este Dios eterno y todopoderoso es el Creador del cielo y de la tierra, de los hombres y de los ángeles, y de todo lo que vive y existe. «Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él» (Colosenses 1:16). A lo largo de todas las edades, los hombres han intentado explicar la existencia de la creación sin referencia alguna a un creador. Sin embargo, sin un creador no se puede explicar la existencia de los hombres y los animales, de las plantas y los árboles, y del asombroso e inconmensurable universo. Por eso confesamos que creemos en «Dios el Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra». La creación exige un Creador.

Cuando los hombres se niegan a reconocer a Dios como Creador, intentarán formular causas alternativas para explicar la existencia del cielo y de la tierra, de los seres vivientes y de las plantas y los animales. Físicos y científicos han desarrollado una variedad de teorías para explicar la existencia del cielo y de la tierra sin recurrir a la iniciativa de un creador. La más conocida de tales teorías es la teoría de la evolución de Charles Darwin. La esencia de esa teoría es la siguiente: todas las criaturas vivientes tienen su origen en un organismo común; por medio de la selección natural, este organismo ha dado lugar a todas las diversas formas de vida. Según esta teoría, tal proceso requiere muchísimo tiempo, incluso miles de millones de años. Según esta teoría, el hombre desciende de los simios. Otra teoría postula que hubo un big bang, una explosión original, una explosión dramática de la masa original del universo. Eso habría constituido el nacimiento del universo, y todas las formas de vida habrían tenido su origen en ese big bang.

Estas teorías niegan la existencia de Dios como Creador. Tales nociones coinciden con el ateísmo. La palabra «ateísmo» significa «sin Dios». Un ateo es alguien que no cree en nada, ni en el único Dios verdadero, ni en otros dioses. Para ellos solo existe esta vida tangible. La teoría de la evolución y la teoría del big bang niegan la existencia de Dios como el Creador de todas las cosas. Tales teorías han influido en muchas personas, especialmente en los jóvenes, provocando que se alejen de Dios y de la Biblia.

Sin embargo, estas teorías no son tan impresionantes como parecen. Se basan en numerosas conjeturas y presuposiciones. Por lo tanto, los proponentes de las teorías de la evolución y del big bang se enfrentan con problemas inmensos. Sus teorías generan muchas preguntas. Primero, la creación exige un creador, porque el mundo no pudo haberse creado a sí mismo. ¿Cómo puede algo originarse en la nada? Si todo se origina en algún «caldo primigenio», ¿cuál es el origen de ese «caldo primigenio»? Y si el universo llegó a existir por medio del big bang, ¿cuál es el origen de la masa original que explotó? Tanto la teoría del big bang como la teoría de la evolución son irracionales. ¿Cómo puede algo salir de la nada? ¿Cómo es posible que todo lo que vemos a

nuestro alrededor pudiera originarse de la nada? Estas preguntas son preguntas reales y racionales. La materia debe ser llamada a la existencia, esto demanda un creador que haga algo de la nada.

Segundo, la creación misma declara que hay un creador. La Confesión Belga dice que la creación es como un libro elegante, en el cual todos pueden leer que debe haber un creador. Esa confesión dice: «El universo [...] está ante nuestros ojos como un libro elegantísimo, en el cual todas las criaturas, grandes y pequeñas, son como letras que nos llevan a contemplar las cosas invisibles de Dios, esto es, su eterno poder y deidad» (Artículo 2).

La existencia de nuestros planetas en el inconmensurable universo es en sí misma prueba de la existencia de un Creador todopoderoso, sabio e inteligente. Todo habla de gran inteligencia. Miremos solamente nuestra Tierra. La vida en la Tierra requiere una atmósfera y una temperatura específicas —ni demasiado frío ni demasiado calor. Si la tierra estuviera más cerca del sol, todo se quemaría. Si la tierra estuviera más lejos del sol, todo se congelaría. Si las revoluciones de la tierra alrededor del sol fueran más lentas o más rápidas, no habría ciclo de día y noche. Además, cuando pensamos en la gravedad, la luz y la fertilidad, y en tantas otras cosas, debemos decir: «¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría; la Tierra está llena de tus beneficios» (Salmo 104:24).

¿Existiría todo esto por casualidad, teniendo su origen ya sea en un caldo primigenio o en una explosión del universo? Tal noción es irracional. Creer tales teorías no es una manifestación de sabiduría. Creer en un Creador es racional. Y, por tanto, se requiere mayor fe para creer las teorías de científicos y físicos que para creer en la Biblia, que declara: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Génesis 1:1). Toda la creación afirma lo que la Biblia nos enseña en Génesis, a saber, que la Tierra fue hecha para ser un hogar feliz para la humanidad. Cuando observamos las flores y los animales, y especialmente cuando nos consideramos a nosotros mismos, ¿acaso no parece que todo exclama con Pablo, en Colosenses 1: «Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él; y Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten»?

Así como un reloj requiere un relojero, de la misma manera la creación requiere un Creador. La creación no puede ser el resultado del azar, ni pudo haber llegado a existir de manera espontánea. Todo apunta a Dios, nuestro Creador. ¿Por qué somos capaces de considerar algo como bello y bueno, o feo y malo? ¿Cuál es el origen de la moral? ¿Quién ha determinado qué es el bien y qué es el mal? Observamos que el sol sale y se pone. Observamos el cambio de las estaciones, y tras cada invierno, observamos el regreso del verano. Vemos belleza en las flores y majestuosidad en un océano tumultuoso. Observamos la germinación de la semilla y los árboles que dan fruto. Observamos el nacimiento de los niños y el surgimiento del amor y el cuidado. Observamos el nacer y el morir. Toda esta evidencia exclama: ¡Yo estoy aquí, tu Creador y Hacedor! Mira con tus ojos, toca con tus manos y escucha la voz de tu Creador. El Señor declara: «Yo hice la Tierra, y creé sobre ella al hombre» (Isaías 45:12).

El mundo no es ignorante respecto de la existencia de Dios, quien ha creado todas las cosas. Quien cierra los ojos lo hará deliberadamente; quien cierra los oídos también lo hará deliberadamente. Sin embargo, Dios se revela en la creación como nuestro hacedor, preservador y gobernador, quien es digno de ser servido, honrado, obedecido y amado. Romanos 1:20 dice: «Porque las cosas invisibles de Él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde

la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas; de modo que no tienen excusa». El hombre no puede escapar de la revelación que Dios hace de sí mismo en el ámbito de la naturaleza. Tampoco puede huir de sí mismo e ignorar su conocimiento innato de Dios. Existe alguien mucho mayor que él, por encima y más allá de él mismo. ¡Hay un Dios! El libro de la naturaleza, la creación de Dios, se lo dice.

Sin embargo, el cristiano no solo lee el libro de la naturaleza. También lee la Biblia, la revelación más clara que Dios hace de sí mismo. Y así, mirando la creación a través de los lentes de la Escritura, el cristiano confiesa: «Creo en Dios el Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra».

Gracias por escuchar esta lección. Esperamos que haya sido de bendición para ti. Acompáñanos en nuestra próxima lección, donde trataremos el segundo artículo del Credo, en el cual confesamos: «Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor».